

**COMECHINGONIA VIRTUAL**

Revista Electrónica de Arqueología

Año 2014. Vol VIII. Número 1: 48-65.

www.comechingonia.com

**FIAT LUX, LA ILUMINACIÓN DE LOS SECTORES MARGINALES DE LA
SOCIEDAD COLONIAL: CANDELABROS Y CANDELEROS CERÁMICOS EN
BUENOS AIRES.**

Recibido el 11 de febrero de 2014. Aceptado el 28 de Junio de 2014.

Daniel SchávelzonCentro de Arqueología Urbana, CONICET. E-mail: dschavelzon@fibertel.com.ar**Resumen**

Se desarrolla el estudio de candeleros y candelabros encontrados en la arqueología de Buenos Aires. Para su análisis se ha establecido una clasificación formal-funcional. Su estudio aporta información sobre la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad y un esquema cronológico de su existencia en base a la comparación con otros sitios y contextos. Se deduce a partir de su contexto, valor económico y capacidad de iluminación, el papel social jugado en el pasado.

Palabras clave: *iluminación, candelabros, candeleros, vela.*

Abstract

Studying candlesticks and chandeliers found in the archeology of Buenos Aires is developed. For analysis has established a formal-functional classification. Their study provides information on the daily life of the inhabitants of the city and a chronological outline of its existence on the basis of comparison with other sites and contexts. The social the role played in the past is derived from its context, economic value and ability of lighting.

Keywords: *Lighting, Candlestick, Candleholders, Candle.*

Introducción

El uso de la luz artificial es un tema que en la historia humana ni siquiera tiene sentido buscar su origen porque es obviamente tan antiguo como el fuego. Pero en algún momento se logró domesticarla y para ello fue necesario descubrir que para que haya luz era necesario tener un combustible, que fue la madera que daba fuego directo. Pero esto no era eficiente si el objetivo era iluminar bien, ni era simple para transportar, ni la cantidad tenía relación al trabajo social que implicaba.

Para iluminarse sin fuego de leña fue necesario descubrir que la cantidad de luz depende de la *calidad* del combustible –la madera es la materia menos eficiente, salvo que sea resinosa y por ende es el aceite lo que da más luz-, y que ese combustible podía ser otro, fuese sólido o líquido. Y que si a éste se le agregaba un elemento incandescente –una mecha-, se tenían objetos pequeños, baratos, eficientes y transportables. Todo eso debió llevar cientos de miles de años.

Los sistemas de iluminación fueron objetos de valor estético y de prestigio social y los combustibles implicaron diferencias en la accesibilidad a ciertos bienes, y a la calidad de luz que se tenía. La construcción de la sociedad Capitalista está muy ligada a la generación de sistemas que permitieron ampliar el horario de trabajo.

Los nombres de estos objetos derivan en su mayoría de la palabra aun en uso “candela” (vela), y a su vez del latín en que *candere* quiere decir “arder, estar encendido”. El paso siguiente fue desarrollar sistemas de iluminación de combustible sólido –la vela y la antorcha-, y líquido: el candil o lámpara de aceite. El fuego de leña es ambas cosas a la vez, es decir era un combustible y un elemento incandescente en sí mismo, de ahí su ineficacia, aunque sabemos de la costumbre de aumentar su capacidad calórica mediante la quema de otros objetos –los huesos han sido lo habitual-, o incrementar la temperatura con grasas animales. Los hornos para fabricar ladrillos en la ciudad usaban grasa, pezuñas, cornamentas y huesos de animales de manera regular para avivar el fuego y aun se lo sigue haciendo en contextos rurales ante la falta de leña.

Una clasificación formal-funcional

No existe ninguna tipología establecida de los sistemas de iluminación o siquiera de sus nombres, en idioma alguno. Esto ha generado confusiones descriptivas

por lo que palabras como candelabro, candelero, candil, candileja, palmatoria, lámpara de aceite, portavelas, quinqué y tantas otras se encuentren usadas de manera indiferente en la bibliografía. En la arqueología, en todo el continente sólo tenemos un artículo publicado dedicado con exclusividad al tema de los candeleros de cerámica (Fournier 1998). La historia de la iluminación de manera sí ha sido tema de estudios pero no se han caracterizado por organizar el objeto de estudio ni por definir nombres o fechas; o son clasificatorios meramente o descriptivos, o muy antiguos ya que desde el descubrimiento de la lámpara incandescente la bibliografía dejó abandonado los sistemas precedentes (Faraday 1908, Stoer 1986). Sobre el quinqué y las lámparas de mecha más simples y su identificación arqueológica ya avanzamos (Schávelzon 1991a) y hemos publicado algunos candeleros de cerámica (Schávelzon 1991b, 81).

Para esta clasificación se denomina *candelero* al elemento fabricado para sostener una vela, el que se apoya sobre un plano horizontal. En cambio *candelabro* es el que con igual objetivo se sostiene sobre un pie o soporte elevado, o se cuelga de una pared, el más conocido es el de las siete velas cuya antigüedad tiene varios miles de años. La *palmatoria* es un candelero simple pero que posee una manija para trasladarlo y es habitualmente de metal (el nombre proviene de Egipto donde tenían la forma de la palma de la mano e incluso de la “palma”, nuestra palmera). Las *lámparas* hasta el siglo XIX eran sistemas de iluminación basados en combustibles líquidos colocados en un recipiente, los que tenían una o más mechas que eran encendidas y de esa forma absorbían el líquido aunque gastaban la mecha. En nuestro medio las hay en los museos y colecciones básicamente en metal, con variedades y calidades inusitadas, con uno o varios picos por donde asomaban las mechas, hechas en todo tipo de metal y que fueron productos de diseño y hasta de lujo, pero no son tema de este trabajo.

Los sistemas de combustible sólido para iluminar tuvieron básicamente dos formas, una fue la vela hecha de grasas animales (o “candela”) que finalmente triunfó en el continente y llegó a la actualidad, y por otra parte la antorcha (o “tea”) en la que se usaba alquitrán o petróleo crudo (“calafate” o “pez”) el que era juntado en afluentes naturales y que también servía para hacer impermeables algunas cerámicas, para cimientos y para calafatear barcos. La antorcha era una madera larga que tenía una tela, lana o algodón en su extremo que se sumergía en el producto combustible.

Finalmente todas las formas de iluminación funcionaron y siguen funcionando en base al mismo principio: un combustible y algo que entra en combustión y por ende

que genera luz. Incluso las lámparas actuales más modernas siguen el mismo sistema: la electricidad y un filamento o un gas incandescente.

Si bien los sistemas de iluminación por vela o por lámpara de aceite se mantuvieron como únicas alternativas hasta el siglo XVIII, el invento del quinqué en 1784, un objeto clásico de la Revolución Industrial, cambiaría la vida doméstica nocturna a la vez que serviría para remarcar las diferencias sociales. Desde ese momento ya no eran los metales o decoración los que le daban a un candelabro mayor valor, era el producto que se quemaba: de la grasa animal de humos y olores a los finos aceites de ballena o lobo marino, incluso ceras perfumadas, y hasta los mecanismos que permitían graduar la intensidad de la iluminación. El quinqué fue uno de los marcadores domésticos que tuvo la burguesía del siglo XVIII tardío para separarse de otros grupos sociales y está en estrecha relación con las reuniones nocturnas (los salones o tertulias), el cambio de horario de las fiestas familiares, el invitar a cenar y la ampliación de los horarios de trabajo.

Los faroles con luz de vela habituales incluso en la colonia, son un caso particular de evolución desde un candelabro como de un candelabro, ya que la única diferencia es que tienen una caja de vidrio a su alrededor que evita que se apague la luz con el viento. Pueden ser de mano o colgantes. Si se les coloca un metal reflejante en la cara posterior aumenta la intensidad y pueden dirigir la luz con un lente. Los faroleros del ferrocarril los han usado hasta mitad del siglo XX.

La variedad de estos objetos encontrados en la arqueología histórica argentina es relativamente grande. Eran desconocidos por los pueblos prehispánicos, los locales y los de todo el continente, por lo que no hay anteriores a la llegada de los europeos. La vela fue uno de los objetos más preciados en los primeros años de la conquista. También fue de los que muy rápidamente se difundieron ya que eran baratos, fáciles de hacer y eficientes. Las palabras de uno de los primeros historiadores modernos acerca del mundo prehispánico americano, Francisco Javier Clavijero en 1780, fueron: "No usaban los mexicanos candeleros en sus casas, ni candelas de cera o cebo, ni se servían del aceite para alumbrarse. Pues aunque sacaban mucha cera de sus colmenas, o no quisieron, o no supieron percibir de ella el beneficio de la luz. En las tierras marítimas solían alumbrarse con los muchos cocuyos o escarabajos luminosos, y en lo restante del reino con teas, que aunque daban mucha luz y bien olor, ahumaban innecesariamente la habitación" (Clavijero 1982, 268).

Con los años estos objetos se fueron haciendo más complejos ya que era necesario colocar la vela sobre algo que la sostuviese. Así las clases sociales altas hicieron de esos objetos cosas sofisticadas de metales finos, incluso de oro y plata. Pero los simples eran habituales y sabemos que permitían iluminar edificios enteros: el Cabildo de Buenos Aires en 1759 empleó en una sola vez 175 “candilejas” y en 1791 se usaron 600 para iluminar el edificio entero (Ensink 1990). Por supuesto que todo podía servir para sostener una vela y hasta sabemos que en el siglo XVII en la Misión de San Javier se usaban astas de vaca en el altar de la iglesia (Furlong 1972).

Sobre la cerámica

Prácticamente todos los candeleros y candelabros hallados en la ciudad poseen un tipo cerámico común a la observación macroscópica. Al inicio de la arqueología histórica en el país hacia 1990 se planteó que existía una cerámica prehispánica o netamente indígena (o de “tradición” indígena) y por otra parte una española o hispánica, y un híbrido o mestizaje entre ambas que no se lograba aun identificar. Buenos Aires ha sido una ciudad que, al no producir cerámica, conjugaban hacia ella productos de diferentes regiones que a su vez variaron con el tiempo. Con el desarrollo de la arqueología histórica se hizo evidente que había diversas cerámicas indígenas que habían seguido existiendo en el período hispánico, manteniendo su forma, material, forma de manufactura y ornamentación. Y resulta que casi sin excepción, salvo un caso en toda la ciudad, los candeleros y candelabros cerámicos son de manufactura regional con un único caso importado, mostrando quizás no sólo la superioridad numérica de las clases bajas sino la decisión de las que tenían acceso a bienes más caros de usar otros productos, básicamente metal y vidrio.

El conjunto cerámico más difuso que se usó para estos objetos, el más complejo y discutido de nuestra cerámica, ha sido el que resultaba de alguna forma de la unión o mezcla (por la fuerza, por voluntad o por muchas posibilidades) entre lo indefinidamente llamado indígena y lo europeo: es decir lo mestizo. La idea de la existencia de ese grupo partía de la evidencia material de objetos que usaban manufactura tanto en torno como las antiguas, que mantenían formas indígenas o asumían las europeas, y lo mismo con la decoración, o todas o cualquiera de estas características fácilmente observables. Con seguridad debía haber otras características pero en aquel entonces quedaron para estudios ulteriores, como las pastas, el origen de cerámicas, arenas, tiestos y polvo de ladrillo. Fue llamada cerámica *hispano-americana*,

hispano-indígena, criolla o mestiza indistintamente pese a que todos estos términos pueden ser discutidos. Al inicio de su hallazgo se les otorgaba juicios valorativos como con las cerámicas Caspichango (Debenedetti 1921), que al tener influencias europeas eran consideradas como *impuras*, mirando el mundo desde una esencia estilística que le daba valor. Pero era evidente que mantenían un grado de tradición con el mundo prehispánico y que no eran provenientes de Europa, que eran un producto local. Si había muchas variedades era resultado de lo complejo que fue el proceso colonial. Tenemos ejemplos que van desde la reproducción de una forma foránea en una vasija con todos los atributos prehispánicos hasta copias exactas de platos ingleses Creamware pero en cerámica de manufactura de tradición indígena del Litoral pintada de rojo (Schávelzon 1995, 60). El tema fue iniciado en Santa Fe la Vieja en los estudios pioneros de Carlos Ceruti (1983) y otros investigadores (Stern 1945, Morresi 1971 y 1983, Schávelzon 2006a, Gramajo 1979 y 1983). Se han establecido diferentes clasificaciones según variantes en virtud de las necesidades o intereses de cada investigador.

El tercer gran grupo o conjunto es la cerámica europea. En este conjunto entran otras cerámicas vidriadas como no vidriadas que la bibliografía internacional ha analizado e identificado. Habían también cerámica locales o regionales que usaban todos los elementos europeos, especialmente formas, manufactura y vidriado, pero eran hechas en la región y en nada podían asociarse a lo prehispánico; de allí el hablar de “una tradición europea”. Como dijimos sólo un objeto en veinte años de excavación mostró haber sido fabricado en cerámica esmaltada en Gran Bretaña en el siglo XVII.

Todos los candeleros y candelabros aquí estudiados, a excepción de uno que figura en la imagen no. 12 y ya citado, pertenecen al grupo de cerámicas criollas o mestizas, siempre sin vidriado alguno. Alguna vez hemos caracterizado a esta cerámica como un producto de la pobreza. Si bien quien la manufacturó pudo haber hecho lo máximo a su alcance en la ciudad y en una estructura de consumo, y sea quien sea el que lo tuvo sobre su mesa, se lo usó por ser lo más simple, barato y con el menor gasto energético. Sirva de ejemplo que el Cabildo para iluminar sus balcones de fiesta usaba simple candilejas. En los contextos excavados parecería que esto se corrobora ya que los candelabros cerámicos provienen de rellenos y no de pozos de basura. Aunque en ellos también se descartaron objetos de la servidumbre es común la presencia de restos de quinqués de vidrio. Sólo un caso fue diferente, el convento de Santa Catalina de Sena, en que se hallaron dos fragmentos de candiles de cerámica,

pero todo el conjunto de ese pozo fue del mismo tipo. Salvo un plato entero francés y fragmentos de otro español de alto valor, todo el resto fue de cerámicas de bajo costo del siglo XVIII (Schávelzon, edit. 2001).

Los candeleros

Eran los objetos hechos para sostener una vela, generalmente simples, modestos, para ser colocados en una superficie de apoyo. La forma habitual es la de un recipiente circular de paredes verticales que en su centro trae el soporte de la vela. A la vez que la mantiene en su lugar evita que la cera o grasa derretida queme o ensucie; son objetos transportables y más que nada pueden evitar un incendio cuando se acaba. Las dimensiones de la base rondan los 8 cm y la altura está por debajo de los 9 cm con un promedio de 5 a 6 cm. El ancho de la vela oscila entre 2 y 3 cm. Esto indica que las velas no eran muy anchas, es decir que los candeleros no servían para los llamados cirios los que necesitaban candelabros especiales que se usaban en las iglesias. No se encontró ninguna palmatoria de cerámica hasta la fecha. Hay dos conjuntos de estos objetos en la ciudad: diecinueve provenientes de Defensa 751-55 (Schávelzon et al. 1977) (Fig. 3) y uno completo (Fig. 2) y fragmentos de Bolívar 735 (Zorzi y Agnolin 2011) (Fig. 4), otro proviene de Ibatín (Gramajo 1979) (Fig. 1). La cerámica es simple, sin pintura o engobe, siempre se los halla cubiertos de hollín o ennegrecidos, la cocción ha sido oxidante y de baja temperatura, con pasta gris similar a las cerámicas tempranas en la tradición indígena. La mitad del conjunto no tiene marcas de torno aunque la simpleza del objeto no lo hace necesario.

Por los contextos de hallazgo en la ciudad los candelabros y candeleros cerámicos fueron usados desde el siglo XVII al XVIII, pudiendo raramente seguir en uso en los inicios del XIX y jamás han sido hallados en esos contextos, o al menos sin conflictos para determinar la fecha del relleno del que provienen. Su uso lo hemos ya propuesto para una condición social y no étnica con independencia de quienes los producían, de capacidad de acceso al mercado de bienes urbano. El quinqué en todas sus variantes muestra su incremento en los pozos de basura a partir del final del siglo XVIII.

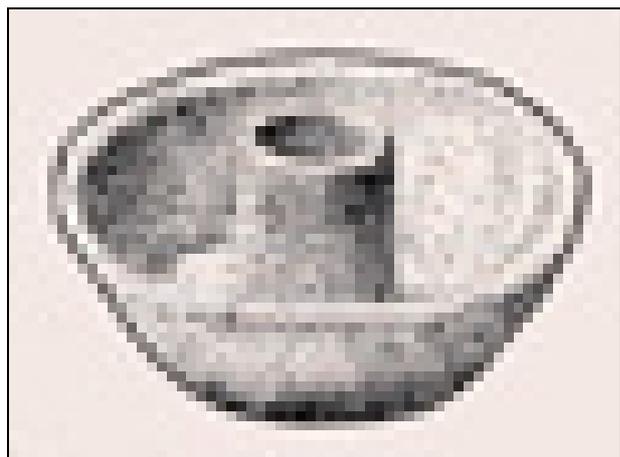


Figura 1. Ibatín, Chaco, siglo XVI (Gramajo 1979)



Figura 2. Defensa 751, Buenos Aires, siglo XVII (foto del autor).



Figura 3. Defensa 751, Buenos Aires, siglos XVII y XVIII (foto del autor)



Figura 4. Bolívar 755, Buenos Aires, siglo XVII (gentileza F. Zorzi).

Los candelabros

Se trata de objetos hechos para sostener una vela, a similitud de los anteriores pero con una pata o pie que separa el objeto de la superficie de apoyo. No se han encontrado para más de una vela.

En las excavaciones de Buenos Aires se han reportado a la fecha solamente tres de estos: dos del convento de Santa Catalina (Schávelzon, editor, 2001) y uno de la Bolívar 375 (Zorzi y Agnolín 2011). En la arqueología nacional hay ejemplares de Ibatín (Gramajo 1971, 1979), Concepción del Bermejo (Morresi 1983, 402; Schávelzon 2006) (Figs. 9 y 10), y Santa Fe la Vieja (Letieri y otros 2009) (Fig. 6). Están asociados a usos

litúrgicos y no domésticos en todos los casos y en estudio aun en la calle Bolívar (Fig. 7). Los de Concepción del Bermejo tienen detalles interesantes: en el tubo hay dos aberturas rectangulares y tienen rayas verticales de pintura roja, lo que se repite en el color en el de Buenos Aires de la calle Bolívar.

La adscripción cerámica de estos objetos es similar a la anterior, aunque su fechamiento es más temprano, siendo característicos de los asentamientos de los siglos XVI y XVII. En el caso de los dos provenientes de las letrinas del convento de Santa Catalina de Siena sabemos que estaban en letrinas construidas entre el año 1738 y 1745 siguiendo en uso hasta finales del siglo XIX (Millé 1955). Al interior se arrojaba tierra, material de construcción y vajilla cerámica por su capacidad absorbente. Y hemos demostrado que en la tierra del exterior del convento había materiales, incluso del siglo XVI. El altísimo grado de deterioro de esos dos fragmentos, casi irreconocibles, y la falta de los que pudieran corresponderles para completarlos como es habitual en pozos de descarte, puede apoyar la hipótesis de que sean más antiguos que la letrina y que hayan llegado en la tierra arrojada al interior, al igual que otros objetos encontrados en el mismo sitio (Fig. 8).



Figura 5. Ibatín, Santiago del Estero, siglo XVII
(Gramajo 1971: 763)



Figura 6. Santa Fe la Vieja, siglo XVII (Museo
Etnográfico, Santa Fe).

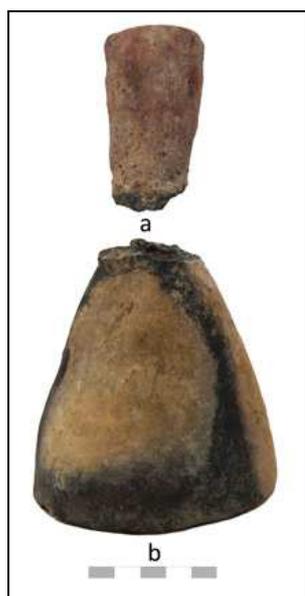


Figura 7. Bolívar 755, Buenos Aires, siglo XVII (gentileza F. Zorzi)



Figura 8. Convento de Santa Catalina, Buenos Aires, siglo XVIII (foto del autor).



Figuras 9 y 10. Concepción del Bermejo, siglo XVI (fotos del autor).

Ha habido un caso de un candelabro de cerámica inglesa del tipo que llamamos *Verde sobre Amarillo de Pasta Roja* y que en Gran Bretaña es denominado *Slipeware* (fig. 12). Fue encontrado en la excavación de Defensa 751-55 y presenta todas las características del siglo XVII tardío siendo único en la ciudad. Lo encontrado es el tubo vertical con forma irregular de entrantes y salientes para tomarlo con la mano.

Existe una variante de este tipo de candelabros de varias partes que son casi una mezcla con los candeleros y es difícil saber si van en una u otra sección: son los llamados “de tubo” hasta ahora hallados sólo en Ibatín (Gramajo 1983, 746-48). Son simples en su base, la que a veces desaparece para ser un tubo vertical de cerca de 15 cm de alto. Su uso es complejo de comprender ya que son muy inestables, quizás no cotidiano. Extrañamente hay un par de forma cuadrada, figura realmente exótica para la cerámica y que debe corresponder a un modelo metálico europeo del que fueron copiados. Hay que destacar los candelabros de Ibatín hechos con decoración saliente, de gran tamaño, con los de soporte de campana de casi 30 cm de altura, por ser importantes en dimensiones, decoración pintada y presencia formal (Figs.5 y 11).

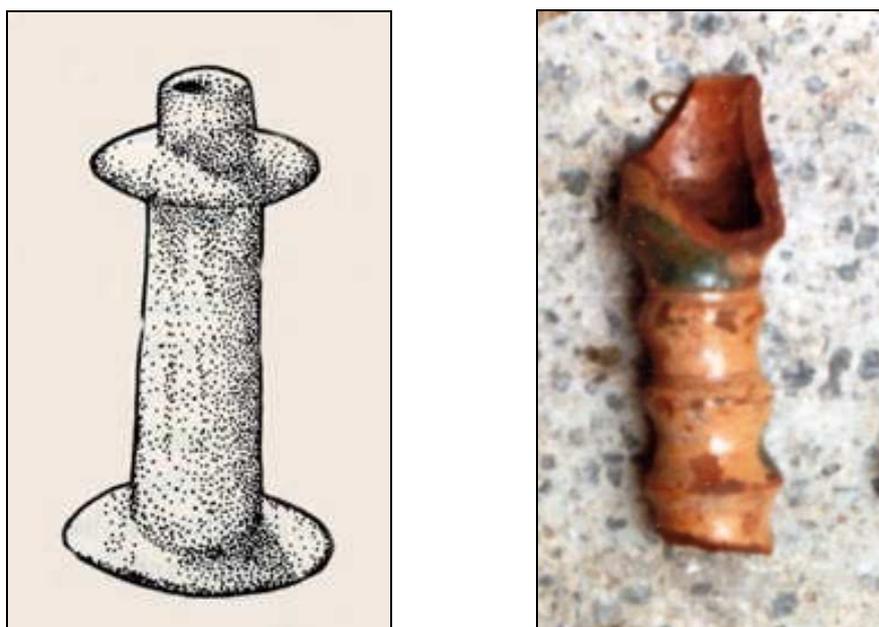


Figura 11. Ibatín, Chaco, siglo XVI (Gramajo 1971:738) 12. Defensa 751, Buenos Aires, siglo XVIII (foto del autor).

Las lámparas de aceite

Son recipientes o cuencos simples que se llenan de aceite o grasa derretida, abiertos en su parte superior, que iluminan mediante una mecha de hilo como los pabilos de las velas que cuelgan hacia el exterior. Están hechos para colocarlos sobre superficies planas, son por lo general pesados y de paredes gruesas para evitar que se derramen. En los textos del siglo XIX es habitual citarlos tanto como *candilejas* como *candiles*.

Hemos hallado dos variantes: la primera se trata de recipientes cilíndricos con forma de taza de paredes verticales. Tenían generalmente sobre sus paredes una, o a veces más, pequeñas salientes o rehundidos donde se apoyaban las mechas que darían la luz. Ya hemos dicho que se han encontrado en Defensa 751-55 en contextos anteriores al siglo XVIII al igual en Bolívar 375 y al menos uno proviene de un rescate arqueológico hecho en A. Aieta 1067 (Fig. 13) (Com. personal R. Orsini y H. Padula 2012).

La segunda variante es también un recipiente cilíndrico de base plana que fue modelado con salientes para las mechas. Tenemos sólo uno de ellos; y por sus formas exageradas, su gran peso, el estar modelado –tradición que se ha identificado con lo Afro en la cerámica-, su rusticidad y poca funcionalidad lo hacen único. Pero lo más destacado es que su forma es muy poco útil: al ser muy grueso y con tres picos salientes y marcados, casi no hay lugar para el aceite, siendo la mayor parte del objeto inútil a su propia función. Parece un juego infantil o una factura hecha por alguien no entrenado en cerámica. Fue hallado en la letrina del convento de Santa Catalina de Siena donde ya hemos explicado que los objetos tienen gran amplitud cronológica, roto en numerosos fragmentos asumiendo que fue descartado por su rotura. La presencia importante de esclavos africanos en el convento no podemos dejarla de lado aunque en ese caso su fechamiento se establecería para el siglo XVIII medio en adelante; esto lo planteamos por el modelado de esa pieza y no por las formas tradicionales de la cerámica colonial que son el chorizo y el torno, no el modelado (Fig. 14). Por su rareza y unicidad es complejo llegar a cualquier conclusión.

Lucio V. Mansilla cuenta que “*el 25 de Mayo y el 9 de Julio se ponían candilejas de barro cocido en el cordón de la azotea y en las ventanas y balcones. Estas eran alimentadas de grasa de potro y una mecha de trapo, tenían forma de una taza común*” (Mansilla 1955).

Consideramos que se trata de este tipo de objetos sencillos, de bajo costo y descartables.



Figura 13. Aieta 1067, Buenos Aires, mitad del siglo XIX (gentileza R. Orsini) 14. Convento de Santa Catalina, Buenos Aires, siglo XVIII (foto del autor).

Elementos complementarios

Existen además de lo analizado otros candeleros, lámparas y candelabros de metal de todo tipo, los que habitualmente no llegan a ser descartados y por ende llenan los museos. Es posible citar como complemento en los hallazgos arqueológicos los apagadores de velas y los moldes usados para fabricarlas. Los moldes eran simplemente de hojalata y estaban unidos entre ellos para hacer varias en una sola operación en la que se arrojaba la grasa o cera derretida. El pabulo se colocaba previamente y para ello hay un pequeño agujero en el extremo inferior que lo sostiene en su sitio. La presencia de estos moldes en las casas presenta la fabricación de velas como una actividad doméstica y no industrial, al menos hasta el siglo XIX (Figs.15 y 16)..

Para apagar las velas había dos artefactos metálicos: las tijeras despabiladoras y las campanas. La primera es una tijera que de un lado posee un recipiente donde, al cortar el pabulo lo guarda para no ensuciar (Figs.17-18). El otro era un objeto similar a una pequeña campana pero sin badajo, con una saliente o agarradera superior. Por su

peso se la colocaba unos segundos sobre la vela y la ahogaba por falta de oxígeno (Fig. 16).



Figuras 15 y 16. Molde para fabricar velas, un ejemplar conservado y otro excavado (Museo de Carmen de Patagones y Casa Alfaro, San Isidro, fotos del autor).



Figuras 17 y 18. Tijeras de despabilar, casa del Virrey Liniers y convento de Santa Catalina, Buenos Aires, mitad del siglo XVIII (fotos del autor).

Conclusiones

Los sistemas de iluminación parecerían que fueron, a la vez que un desarrollo tecnológico, un mecanismo de segregación social; o al menos una manera más de remarcar la distancia que había en el poder adquisitivo de unos y otros. Y por ende las comodidades a las que podían acceder cada grupo social. La llegada de la vela y su oposición a la antorcha lo fue en el primer momento del contacto, luego la calidad de la vela marcaba diferencias: no era igual usar grasa de caballo que cera de abeja, la iglesia

usó los candelabros más importantes ya que tener el interior muy iluminado debía ser una manera de remarcar su poder. Luego las lámparas de aceite que implicaban acceder a un producto más fino, procesado, obtenido de la caza de ballenas o lobos de mar, y ya ni hablar de las lámparas de metal y sus tubos delgados y finos que llegaban a tener media docena de picos. Todo marcaba y remarcaba las diferencias sociales y cada avance tecnológico, a la vez que mejoraba la calidad de la iluminación, volvía a remarcar las diferencias sociales.



Figura 19. Sistema actual de iluminación que reproduce los mecanismos antiguos (observado en 2012, cuaderno de campo).

Agradecimientos

Agradecemos a Flavia Zorzi, Ana Igareta, Ricardo Orsini y Horacio Padula por sus datos y fotografías, al igual que al Museo de la Dirección de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe y su director Luís M. Calvo.

Referencias bibliográficas

Ceruti, C.

1983. Evidencias del contacto hispano-indígena en la cerámica de Santa Fe la Vieja (Cayastá), *Presencia hispánica en la arqueología Argentina*. Museo Regional de Antropología Juan A. Martinet vol. II, pp. 487-519.

Ceruti, C. N. y N. E. Natassi

1977. Evidencias del contacto hispano-indígena en la cerámica de Santa Fe la Vieja (Cayastá). *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)*. IV-1/4: 213-236.

Debenedetti, S.

1921. La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango (provincia de Catamarca). *Publicaciones de la sección antropológica*. 20: 3-46.

Ensink, O. L.

1990 *Propios y Arbitrios del Cabildo de Buenos Aires, 1580-1821*. Monografías Economía. Quinto Centenario. Madrid.

Faraday, M.

1908 *The chemical history of a candle*. The Royal Institution. Chatto y Windus Editores. Londres.

Fournier, P.

1998. Cronología de la loza de barniz plúmbeo, el caso de los candeleros novohispanos de la ciudad de México. En: *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, pp. 480-482. INAH. México.

Furlong, G.

1972. *Florián Paucke, sus cartas al visitador Contucci*. Casa Pardo. Buenos Aires.

Gramajo de Martínez Moreno, A.

1971. El contacto hispano-indígena en Santiago del Estero. En: *Presencia hispánica en la arqueología argentina*. Museo Regional de Antropología Juan A. Martinet. Vol. 11. Pp. 701-772. Resistencia.

1983. La primitiva ciudad de San Miguel de Tucumán en Ibatín, en: *Presencia hispánica en la arqueología argentina*. Vol. 2. E. Morresi y R. Gutiérrez (editores). Pp. 773-815. Museo Regional de Antropología Juan A. Martinet, Resistencia.

1979. *El contacto hispano-indígena en Santiago del Estero con especial referencia a la cerámica*. Museo Arqueológico E. y D. Wagner. Santiago del Estero.

Letieri, F.; G. Cocco, G. Frittegotto, L. Campagnolo, C. Pasquali y C. Gioberga
2009. *Catálogo Santa Fe la Vieja. Bienes arqueológicos del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe*. Gobierno de la Provincia de Santa Fe, Consejo Federal de Inversiones. Santa Fe. Publicación en CD.

Mansilla, L. V.
1955. *Memorias*. Editorial Hachette. Buenos Aires.

Millé, A.
1955. *El monasterio de Santa Catalina de Siena de Buenos Aires*. 2 vols. edición del autor. Buenos Aires.

Morresi, A. S.
1971. *Las ruinas del km. 75 y Concepción del Bermejo. Primera etapa de una investigación de arqueología histórica regional*. Instituto de Historia. Facultad de Humanidades. UNNE. Resistencia.
1993. Muestrario de materiales arqueológicos de contacto hispano-indígena en el lugar histórico de Concepción del Bermejo (1585-1631/2), en: *Presencia hispánica en la arqueología argentina*, Universidad Nacional del Nordeste Vol. I. Pp. 393-426.

Schávelzon, D.
1991a. Identificación de lámparas de mecha en contextos arqueológicos, *Arqueología urbana*. Vol. 16. Buenos Aires.
1991b. *Arqueología histórica de Buenos Aires (1): La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Ediciones Corregidor. Buenos Aires.
1995. *Arqueología e historia del Cabildo de Buenos Aires: informe de las excavaciones 1991-92, Historical Archaeology in Latin America*. Vol. 8. South Carolina.
1996. La cerámica histórica europea en la Cuenca del Plata: notas sobre Santa Fe la Vieja, en: *Jornadas de antropología de la Cuenca del Plata: arqueología*. II; 196-200.
2001. *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos XVI-XX) con notas sobre la región del Río de la Plata*, CD editado por Fundación para la Investigación del Arte Argentina y Telefónica- FADU. Buenos Aires.
2006a. Las colecciones cerámicas de Concepción del Bermejo; notas sobre las cerámicas europeas e hispano-indígenas, *Revista de la Escuela de Antropología*, XII: 127-134, Rosario, www.danielschavelzon.com.ar/?p=1687
2006b. Lo que nunca vemos: reuso de objetos cerámicos históricos, en *Estudios de Arqueología histórica: investigaciones argentinas pluridisciplinarias*, (ed. Por A. Tapia, M. Ramos y C. Baldassarre), pp. 137-146. Museo de la Ciudad de Río Grande. Río Grande.

Schávelzon, D. (comp.)
2001. *Excavaciones arqueológicas: ex Convento de Santa Catalina de Sena*, www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=3777

Schávelzon, D. et al.
1987. *Excavaciones arqueológicas en San Telmo: Defensa 751-55, el Zanjón de Granados: informe preliminar*. www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=2245

Serrano, A.
1955. *Los pueblos y culturas indígenas del Litoral*. El Litoral. Santa Fe.

Stern, A. B. de

1945. Aspectos arqueológicos de una población hispano-indígena descubierta en el Chaco. *Anales del Instituto de Etnología Americana*. VI;103-115.

Stoer, G. W.

1986. *History of Light and Lighting*. Philips Lighting. Eindhoven.

Zapata Gollán, A.

1966. *El Chaco Gualamba y la ciudad de Concepción del Bermejo*. Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales. Santa Fe.

Zorzi, F. y A. Agnolin

2011. Análisis y reflexiones en torno a un conjunto cerámico colonial en la Ciudad de Buenos Aires. En prensa en: *Actas del I Congreso Internacional de Arqueología de la Cuenca del Plata, IV Encuentro de Discusión Arqueológica del Nordeste Argentino y II Jornadas de Actualización en Arqueología Tupiguaraní*. Buenos Aires.